

La realidad cotidiana enriquecida con las minuciosas observaciones de la relatora, hacen de la escritora MARY GALLEGOS una interesante cuentista contemporánea que con fraseo claro y descriptivo nos introduce dócilmente dentro de los sucesos narrados.

De manera transparente, sin trampas ni efectos forzados, la autora cuenta algo que parece cierto y pudo serlo y así nos hermana con las peripecias y emociones de los personajes.

Historias coloquiales o noticias periodísticas, pero elevadas a la categoría literaria de la mano artesanal de esta narradora que ya ha conocido el éxito de librería, con dos libros - cuentos y novela - publicados ambos por EL FRANCO TIRADOR EDICIONES

Correspondencia con la autora
Perú 1012, 2º D
1068 - Buenos Aires

Tel: 362 - 6903

Escritores recién publicados:

Marta de Árevalo	José-Ángel Gregorio
Cayetano Ferrari	Rolando Revagliatti
Norberto García Yudé	Estefanía Szubstarski

Marina Villanueva

Director - propietario de la colección:

Carlos Pensa
Corrientes 2963, 1º "C"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel.. Fax: 863 - 2552 (las 24 hs.)

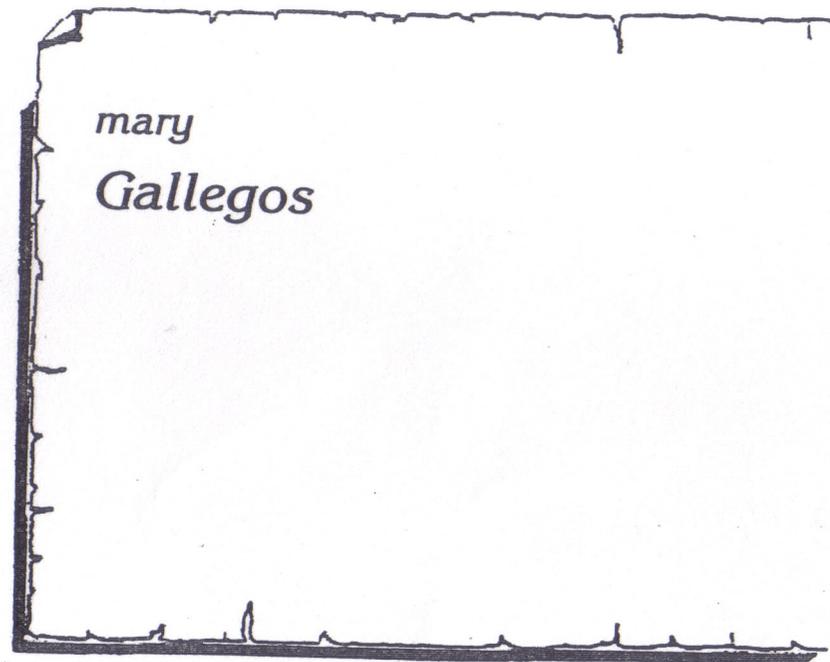
Distribución Mundial

37

todo es **Cuento**®

y

☾ → Coleccionable ← ☽



Junio de 1998

m. G.

TERROR RETROSPECTIVO

Le llamó la atención la puerta entornada, la habitación en penumbras. El fuerte olor a mirra le hizo carraspear.

Empujó la puerta y avanzó.

- Entre y cierre el pasador... - dijo el hombre.

Los ojos de la mujer ahora acostumbrados a la oscuridad apenas pudieron verlo sentado en un sillón.

- Perdona que no me levanta, hoy tengo mucho dolor en la pierna, secuela de una herida de guerra. Acáquese, le ruego.

Ella dio unos pasos hasta quedar frente a él. El hombre estiró el brazo y le tomó la mano.

- Deje su cartera, quítase el saco.

- Aquí está demasiado oscuro - comentó la muchacha. El encendió la lámpara que estaba sobre la mesa, al lado del sillón. Ella colocó su ropa y la cartera sobre una silla y regresó al lugar anterior.

- Aquí, junto a mí, quiere - le escuchó decir señalando un pequeño taburete a sus pies.

Ella se sentó.

- La blusa, por favor.

Lo miró lentamente a la cara. El hombre era muy mayor, tenía ojos claros y su mirada era fría. El pelo escaso y rubio con mechones blancos. Era corpulento, estaba vestido con un traje de buen corte color gris, camisa celeste y corbata con dibujos azules y rojos. Sonreía sin dejar de mirarla con atención. Ella desvió la vista, pudo observar sobre la mesa un trozo de amatista al lado de la lámpara y un filicso cortapapel. Se estremeció.

- Por lo que veo, quien la envía ha sabido interpretar mi pedido. Flaca, bonita y morena, bien del país. Un poco alta para mi gusto, pero eso sí: los pechos, casi como los de un niño - susurró mientras los tomaba entre sus manos. Se entretuvo en el manoseo un momento.

- ¡Muy Bien! Póngase de pie - y empujando el taburete agregó - ¡Más cerca, quiere!. La rodeó con un brazo y le pidió con tono sofocado:

- Deje caer la falda al suelo.

Ella desprendió el cierre y se detuvo no muy convencida.

- Estoy esperando.

Con un leve balanceo de caderas, la mujer fue deslizándose la prenda hacia abajo. No dejaba de mirarlo a los ojos, acaso para seducirlo o controlar sus movimientos.

El hombre estuvo un momento inmóvil, hasta que con brusquedad la atrajo y antes de que ella pudiese reaccionar hundió la nariz en el pubis de la muchacha, olisqueando como un sabueso.

Ella trató de desprenderse, el calor de la boca y la caricia extraña la perturbaban. Lo escuchó gemir, aflojarse por momentos aunque las manos seguían aferradas como tenazas a sus caderas.

De pronto se contrajo. Quería irse pero no sabía como salir de ahí sin violencia. Quien la contrató le había asegurado que todo sería rápido y sencillo: que si el gringo anda ladeado te da el dinero y te despide. Nunca vuelve a hacer cita con la misma mujer. Es posible que ni siquiera te toque.

Entonces algo la escuchó. Él la hizo a un lado, el respaldo del sillón detuvo su caída. Sin decir una palabra se puso de pie y con una cojera evidente salió de la habitación. Ella se apresuró a tomar la blusa. Se vistió de prisa, alisó su pelo y se sentó a esperar. Enseguida el hombre apareció desde el cuarto de atrás. Se había cubierto con una bata.

- ¿Desde cuándo ejerce este trabajo? - preguntó recuperando el tono autoritario.

Sin esperar respuesta fue hacia el mueble y de un pequeño cajón extrajo dinero.

Lágrimas de humillación brillaban en los ojos de la mujer, lágrimas que no podía reprimir.

El reparó en ello y comentó en tono burlesco:

- Es extraño, las mujeres de este país, siempre lloran...

Ella se incorporó, lo miró con desprecio.

- No sé las citas, yo lloro cuando me agreden. Aquí todo es raro, la puerta abierta, la penumbra, el olor, usted y sus actitudes. Es cierto que las mujeres como yo se exponen a encontrarse con hombres como usted y respondiendo a lo que querían saber, estoy en esto desde los dieciséis años, ahora tengo diez más. Conozco las reglas y las cumplo. Contesto las preguntas, no digo no, sonrío, no hablo de política ni de credos. Tampoco le he preguntado de qué lado ha estado en la guerra.

El hombre palideció y mirándola fríamente le ordenó:

- Debe salir ya-. Abrió la puerta que estaba a sus

espaldas y mientras sostenía el picaporte explicó:

- Soy ario puro.

Detrás de él, Gladys pudo ver, en un marco sobre la pared había una bandera con una enorme cruz esvástica.

El hombre continuó:

- Cuando regrese a este lugar, usted ya no debe estar en él. Gracias - y cerró.

La mujer salió tambaleando de indignación.

Pasó el tiempo. Por los diarios y la televisión pudo enterarse que un oficial alemán, conocido miembro de la Gestapo, había sido apresado por un famoso cazanazis. En las fotografías la muchacha reconoció al hombre de aquella vez.

Entonces tuvo un ataque de terror retrospectivo.

NEUROSIS

Cuando subió al tren lo vio, algo en él le resultó familiar. Al recordar se sobresaltó, se parecía al protagonista del video que habían visto con Fanny la noche anterior. Pudo observar que como el otro usaba una campera azul. Cuando se desocupó un asiento, abrió el bolso y tomó la novela policial que estaba leyendo esa semana. El hombre era pinitón. Él también la miraba. A pesar de intentarlo no podía concentrarse en la lectura. Entonces recordó un episodio que le había tocado vivir cuando era una adolescente: al bajar del tren un tipo le arancó la cartera. Aquella vez ella había entrado en un juego de miradas recíprocas y cuando llegaron a destino le pareció normal que él bajara; fue entonces cuando sintió que le robaban. Pesa de terror no pasó de comer hasta que llegó a su casa. Ella y su hermana sabían que era peligroso regresar a esa hora, tendrían que dejar ese barrio y mudarse más cerca de la Capital, a pesar de que los robos ocurrían en todos lados.

Levantó la vista del libro que perdida en su divague hacía rato no leía. Sus miradas se encontraron. El tren se detuvo. Había llegado. Cuando volvió a verlo en el andén, apresuró el paso. Pudo sentirlo detrás de ella pegado a sus talones, se quedó detenida mirando unas revistas y lo dejó pasar. (En el video de la noche anterior el protagonista la estaba esperando y cuando la muchacha pesa cae sobre ella)

Ya fuera de la estación miró en todas direcciones. Sólo vio gente que entraba y salía apresurada. Respiró tranquila y cuando había hecho una cuadra, de pronto volvió a descubrir el hombre detrás de un árbol, la observaba. Las piernas le empezaron a temblar. Por un segundo pensó regresar, luego vio a la viejita que siempre regaba las plantas a esa hora, dos casas más adelante. Se quedaría junto a ella. Se acercó casi corriendo y se sintió perdida cuando creyó que la viejita al verla arrojó la manguera y se encerró en la casa.

Miró en dirección al árbol. El hombre de la campera azul se acercaba caminando lento, llegó a estar enfrente de ella. Atemorizada trató de abrir la puerta del jardín; ésta cedió y al pisar la manguera fue a dar contra el cerco de ligustina que al hundirse bajo el peso de su cuerpo la episionó. El bolso cayó al suelo. El hombre se inclinó a levantarlo. Ella pesó del cerco y con un ataque de nervios daba gritos mientras pateaba en el aire, las faldas hasta el cuello. Él ya cerca, intentó torzada de un brazo. Ella daba manotazos queriendo alcanzar su rostro; a punto de perder el equilibrio el hombre se prendió de la blusa que se rasgó. Él cayó sobre el pecho desnudo. Su aliento estaba próximo, afanosos su respiración, la mujer gritaba cada vez más. De pronto la viejita de la manguera salió de la casa.

Con un gesto de total asombro ayudó al hombre a incorporarse mientras le preguntaba:

- Nene ¿qué está pasando? ¿Quién es ésta? ¿por qué grita?

- No sé más, viajamos en el mismo tren, me miraba tanto que despertó mi curiosidad me escondí tras un árbol pero me descubrió, echó a correr. Cuando la vi venir hacia aquí creí que podía ser alguno de tus clientes. Después saliste disparando cuando ella casi llegaba. Te aseguro más que no entiendo nada.

- Pero nene, sonó el teléfono y fui a atenderlo.

Mientras tanto, agotada de gritar, la mujer ahora sollozaba quedamente. Cuando él intentó sacarla del husco en el cerco sus ojos desmesuradamente abiertos lo miraron con pánico. Y al sentir el contacto de sus manos cayó pesadamente mientras las ramas de la ligustina se cerraban sobre ella.